

## EL BULTO DE LAS CORDILLERAS

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

### DEL FOLCLORE HISTORIAL

Exacto estuvo quien dijo de la leyenda ser la flor de la historia. No menos hondo y sapiente y hermoso es el aserto del poeta francés: "Todos los pueblos que carezcan de leyenda están condenados a morir". Justamente es un libro de un poeta francés que frecuentó los campos del investigador y prosador sobre temas de historia americana, Maurice Magre, la fuente del exquisito relato que a mi vez voy a hacer en payanés dialecto. El libro tiene por título "Les Aventuries de il Amerique du Sud", publicado hace ya muchos años, y venido a mis manos por gentileza de una parisiense docta y bella, que fundó hogar en Colombia, vivió aquí varias décadas y luego regresó a París donde ocupa un alto cargo en la Unesco: Doña Gaby Sachs de Cruz Santos.

Por razones obvias que aluden al emplazamiento de las presuntas ocurrencias al Libertador, dedico mi relato castellano a Víctor Quintero, viejo y fraternal camarada de juventud, de luchas, ideales, ensueños, en suma de una vida clara y armoniosa, al servicio del espíritu.

### PRIMERA PARTE

Corrían decires de que el genio malo de la cordillera —*el Bulto*— había bajado a las llanuras para sumarse a las desdichas que azotaban la comarca.

Según consejas, el tal *Bulto* tenía forma humana, gran talla, rostro lívido y brazos desmesurados, tentáculos invencibles que se cerraban sobre desprevenidos viajeros en la noche. Ahora vagaba por las selvas y montañas de San Lorenzo, en la provincia de Popayán. Y el pánico subió de punto cuando las poblaciones de Patía supieron que el *Bulto* había fijado reales en la inextricable montaña de San Lorezno, precisamente en la parte donde siglos antes se había levantado la iglesia de Santa Rosina.

Erase una manigua húmeda y tenebrosa a la que escasamente lograba penetrar el sol. En antaños remotísimos, la fiebre conquistadora por las fundaciones había entrado allí para levantar un templo enorme y sólido, testigo ante los siglos venideros de la victoria del Divino Poder sobre la naturaleza desconsiderada y demente.

Centenares de esclavos debieron sucumbir acarreando moles de andesita y otros materiales para cimientos y columnas; obstáculos sin cuento debieron vencerse para abrir caminos y claros y domeñar a fuego y hacha la selva. La empresa culminó, es cierto; irguió el templo su fábrica por entre abatidos gigantes vegetales. Pero el dominio debió ser efímero. Sobre el destrozo mismo, con rapidez vertiginosa o con pausada firmeza, la vegetación recomenzó su obra. Lianas y renuevos lanzáronse otra vez a la invasión. Y entre el humus fertilizado por troncos y deshoje podridos, la fauna también recobraba sus dominios en pululación monstruosa.

Un día, la santa casa, recubiertos sus murallones por el frondaje, hendida por el puño lentamente implacable de la selva, desquiciados los cimientos, rotas las techumbres, quedó irremediablemente herida y desoladamente prisionera en su cárcel verde.

Al comienzo, la fundación había tenido a su servicio una comunidad, pero de ello ya no quedaban ni vestigios. Poco después de un siglo, apenas un cura rural habitaba ruinoso caedizo, adosado al flanco de la iglesia. Y como nada codiciable tenía, no era de las parroquias fáciles de proveer. Hacia la época de lo que se relata, la iglesia de Santa Rosina llevaba medio siglo ya a cargo de fray Flórez, viejo franciscano, cuyo vigor, fortaleza y senectud lo estaban nimbando de inmortalidad. Dos veces al año salía al pueblo de *El Trapiche*, a rozarse con la civilización; y otra, escalaba en alto cerro vecino donde, según los indios, nacían tres grandes ríos—Cauca, Patía y Magdalena— y no en la *Laguna del Buey* ni en el *Páramo del Letrero*.

La crédula barbarie sobreviviente atribuía a fray Flórez extraños poderes, mezcla de magia y milagro, de santidad y brujería. Aún se rumoraba que la subida al cerro, acompañado de un sobrino, era para ofrecer ritos a las divinidades fluviales que allí tenían su morada.

Al tal sobrino nadie había logrado nunca verlo cara a cara o al menos de cerca. Embozado completamente y pronunciando solo el nombre del padre Flórez había atravesado la región y entrado a los poblados hasta dar con el curato y residencia del tío. Después, rarísima vez se le había vuelto a ver, y siempre con la cabeza y la cara tapadas.

No menor asombro causaba la supervivencia del padre Flórez, entre esas marismas de putridez milenaria, de miasmas deletéreos, llenas de reptiles nauseabundos y voraces y de fieras carnívoras: víboras, güños, tigres; sobre todo estos últimos, arteros y audaces a tal punto, que los habitantes de *El Trapiche* hubieron de levantar alta y fuerte empalizada contra su merodeo nocturno. Tal era el flagelo de los felinos, que nadie se aventuraba selva adentro mientras no fuera en numerosa tropa de caza.

Sin embargo, el padre Flórez iba sin miedo por esas trochas, lo mismo de día que de noche, sin más arma que un farol de sebo, riesgo que no desafiaban ni los más audaces nativos. Y cuando le preguntaban el secreto de tamaño coraje, se limitaba a sonreír socarronamente, como

atizando la especie muy válida de un pacto misterioso entre el varón de Dios y los animales feroces. Unos atribuían a su santidad la razón para ese privilegio; otros hablaban de nocturnos encuentros del misionero y el *Bulto*, cuando este, envuelto en sudario, con macabras zancadas y cabeza bamboleante, subía al atrio a buscar plástica con el eremita.

Mientras todo esto iba y venía entre Popayán y Bogotá, otro rumor se esparcía no menos vehemente: la de Santa Rosina era la más milagrosa de las imágenes antiguas, especialmente venerada en la iglesia de su nombre. Tenía, además, una virtud de singular importancia: el jefe —español o americano— que lograra adueñarse de la imagen, aseguraba la victoria de su casa. Era cuestión del que primero llegase a su morada.

Santa Rosina era de madera y bronce, es decir, tallada y esculpida. Tenía su nicho a la diestra del altar mayor. Tiempo e inclemencias habíanle ultrajado sin piedad; el rostro, antaño arcangélico, lo había roído el comején, y la túnica era ya solo un harapo. Gruesa parca de afuera desplomaba y al mismo tiempo retenía en trágico abrazo el altar. Paradjico, por lo menos, resultaba ese símbolo de la victoria espiritual sobre la fuerza ciega.

Cierta vez, estando en *El Trapiche*, fray Flórez supo de todos los atributos de Santa Rosina en la fe del vecindario. Más que sorpresa causó contrariedad aquello de la victoria que con la intervención de la imagen perseguirían independientes y realistas, pues por impenetrables razones el buen fraile aspiraba a vivir en la sola compañía de sus salvajes feligreses, sin impertinencia de visitantes cualesquiera fuesen: en el amor a sus indígenas había algo de desprecio por los civilizados. Y en su misión era asunto principalísimo el cuidado de la santa imagen.

—Ella ha adquirido su vida exprimiendo el jugo de los siglos— solía decir con sencillez de profundidad insospechada. La santa, de su parte, le hablaría en un lenguaje sin palabras, inteligible sólo entre los dos, para prevenirlo y ampararlo en toda emergencia. Apenas si el sobrino podía penetrar al templo, acercarse al nicho y elevarle miradas y ruegos. Iba, pues, fray Flórez a permitir que extraño alguno, ni criollo ni chapetón, atreviera mano sobre ella? Sacudió pugnazmente la cabeza y dio a saber, para que se regase, su propósito de defender como mejor Dios le ayudase a la que El mismo le tenía confiada.

No siempre toda una fe cristiana logra sustraerse a los reclamos de la superstición. Españoles y neogranadinos teníanse por depositarios de los legítimos designios de lo Alto. Y cuando se divulgaron los poderes sobrenaturales de Santa Rosina, unos y otros pensaron en la perentoria urgencia de apoderarse de la imagen. Pero no había acuerdo en las opiniones. Si sería aquello un sacrilegio... Era indispensable que el jefe fuera personalmente por el sacro talismán para obtener toda la eficacia del favor... Y sucedía que, salvo alguno que otro de aquellos patianos, valientes legendarios, tal vez no habría quién se aventurase solo en las montañas de San Lorenzo.

El ejército español del general La Serna había ocupado a Popayán, distante pocas jornadas de la región en referencia. El jefe peninsular gozaba fama de gran cazador delante del Eterno, como se dice en jerga cinegética. Su fuerte era perseguir a caballo las dantas. Y hay que saber lo que significa como enemigo en el monte ese tapir americano, macizo y fuerte como un muleto, acometedor como un búfalo, de pezuñas y trompa como de paquidermo africano, y aquerenciado siempre a las estribaciones de la cordillera.

En Popayán, en el curso de una sobremesa, oyó La Serna todo cuanto sobre Santa Rosina se decía. Al punto la idea metiósele en el magín y el propósito en la voluntad. Llamó al ordenanza, viejo y fiel indio que lo acompañaba hacía mucho, y le ordenó alistar reservadamente un viaje de urgencia. Con la imagen a la grupa volvería. Y puesta siempre en medio de los campamentos, su tropa sería invencible. ¡Ni qué dudarlo!

La Serna obraba siempre al estímulo solo del arranque. Por mero capricho, alguna vez ordenó el fusilamiento de casi un centenar de prisioneros; y por cosa de igual jaez dispuso una retirada desastrosa. La idea de apoderarse de la imagen clavósele sin sosiego. Aquella misma noche partió.

Sólo a la segunda noche, y ya muy entrada, hizo alto cerca de *El Trapiche*. Inmediatamente que echó pie a tierra, pidió para muy temprano al día siguiente un buen baquiano para que lo encaminase hasta la iglesia de Santa Rosina.

Pero a la mañana siguiente, sabido el propósito del viajero, todos los vecinos varones habían desaparecido como por encanto. Y tuvo que resolverse a coger camino sin más compañía que el ordenanza ni más guía que las vagas señas que logró sacar a las mujeres.

Dos jornadas se fueron en fatigantes e inútiles tanteos. Extraviados, sorprendidos a cada rato por el "alto, quién vive" de patrullas, detenidos por ciénagas profundas disimuladas con el yerbaje y donde más de una vez creyéronse pegados para siempre, se consumió el plazo calculado para la expedición. Y pensando en lo que pudiera estar aconteciendo en Popayán, angustiado y remolido, con la ropa en andrajos, enfurecido y descorazonado, empezó a detenerse para voltear cara y regresar.

En ese instante divisó, por entre el monte, la silueta de la iglesia. Surgía súbita el desemboque de un claro, y se veía gigantesca, desmesurada.

La Serna sintió correrle por encima una sombra y una humedad que no era precisamente la de la selva. No tuvo calma para ponerse a contemplar la pujante y pétrea majestad enmarcada en el contorno de los árboles vecinos. Le pareció que por el atrio enverdecido corría un estrelecimiento. Despertado por la proximidad de los visitantes, un felino dio brusco salto y empezó a recular hacia el portalón entreabierto; paró allí un instante, clavó en los intrusos fosfórica mirada, gruñó sordamente y desapareció adentro.

La Serna tenía fama de valiente. Pero con los tigres era otra cosa. Pensando en que se le enfrentara alguno, experimentó lo que otros con las culebras: una crispatura, una repugnancia invencibles, que no son propiamente cobardía ni miedo. Y esa iglesia abandonada y entreabierta, que parecía ser ahora refugio de una camada de felinos, le infundió tal pavor, que lejos de acercarse, penetrar y consumir su empeño, no tuvo más pensamiento ni afán que volver riendas y alejarse al mejor trote.

El relato del trance lo hizo el mismo La Serna, mucho tiempo después, al capitán del *Ernestina*, en la travesía rumbo a España, cuando el triunfo de Ayacucho obligó al Virrey, a Canterac, a obispos y magistrados, a embarcarse más que de prisa. El capitán Duguen divulgó más tarde el lance que le contara el protagonista mismo, y que, en realidad no es para enaltecer el recuerdo y el nombre del general español.

## SEGUNDA PARTE

El segundo intento contra Santa Rosina de la Cordillera tocó a nadie menos que a Bolívar en persona.

Nada más tentador para el espíritu romántico del Padre y Libertador que el propiciar sus victorias con algo extraterreno; más aun si la protección tomaba símbolo en una santa imagen.

Con dos mil hombres había acampado en las laderas del Mayo. Almorzando un día con el coronel Rook, jefe de Dragones, y con dos de los Mosqueras, ricos terratenientes de la región —don Manuel María y el gran General don Tomás Cipriano— oyó cuanto se decía sobre el padre Flórez, Santa Rosina y la común iglesia. Los Mosqueras eran amigos personales del padre Flórez y lo habían visitado varias veces en su parroquia.

Igual que La Serna, Bolívar no pudo resistir la tentación por el talismán de la victoria, oculto allá en esas lejanías que franjaban el horizonte. La montaña de San Lorenzo venía a morir en las orillas del Mayo; de forma que la iglesia no debía quedar muy distante. En cuanto dio a conocer su propósito, los Mosqueras se le ofrecieron de guías y compañeros. Pero Bolívar rehusó la gentil oferta: quería obrar solo; su natural romántico la reclamaba la exclusividad en el éxito de la hechizante aventura.

Rayaba apenas el día. Se convino en que los Mosqueras irían con don Simón hasta poca distancia de la iglesia. Sólo el coronel Rook, austero puritano inglés, se atrevió a desaprobear la expedición como vana y pueril.

Los Mosqueras habían pasado su juventud en esa comarca, pero acontecía que las trochas se perdían prontamente en el perpetuo embate de la vegetación, hasta borrar todo punto de referencia. Así que no había claros ni quebradas reconocibles al cabo de poco tiempo; por ello se fueron más jornadas de las calculadas para dar con el cruce de donde partía el sendero hacia la iglesia.

Tras las debidas indicaciones, los Mosqueras se separaron de Bolívar, y regresaron a un alto donde esperarían al Libertador. Se convino que si entraba la noche sin haber regresado, le darían la indicación con una hoguera, para volver a reunirse.

O se dieron las señas sin la precisión y claridad debidas, o Bolívar las equivocó. El hecho es que sólo cuando ya iba a desaparecer la luz para la brusca entrada de las tinieblas, que es como allí se produce el crepúsculo, al salir, con suspiro de alivio, a un enorme claro vio emerger, de entre los árboles, la mole del templo.

Bolívar había oído hablar bastante del padre Flórez y de sus extravagancias; pero se proponía conseguir que el propio fraile fuera quien le pusiera la imagen en las manos; además, cualquier otro método le repugnaba decididamente. Para ello contaba menos con las morrocotas y pelucones, que previsivamente llevaba al cinto, que con el prestigio de su nombre y el encendido verbo libertador, resuelto a relampaguear hasta el deslumbramiento y rendición del viejo guardián de Santa Rosina.

Como sabía que el padre Flórez habitaba el caedizo de piedra adosado al murallón posterior del templo, lenta y penosamente, a través de la malla de maleza, fue entrándose hasta descubrir la vivienda de enormes losas cubiertas por el follaje. No había en ellas trazas de ventanas, solo una pequeña puerta a la que llamó repetidas veces, sin percibir signo ni rumor de ser viviente. Ausentes debían estar fraile y sobrino.

La conjetura le dio una perspectiva favorable extrema: entraría a la iglesia, tomaría la escultura, dejaría en el nicho todo el oro que llevaba, y... listos.

Volteó al frente, echó pie a tierra y amarró el caballo. La noche reinaba total. Subió al atrio, llegó a las puertas, las halló herméticas; presionó con todas sus fuerzas; no cedieron; comprendió que era inútil: debían estar aseguradas por dentro con un enorme atravesano. Pero... quien lo hubiera hecho así, muy bien podía contestar o acudir a las llamadas. Pensó entonces que quien cerró por dentro, debió de salir por puerta excusada. Decidió buscarla. Rodeó nuevamente la iglesia, pero tomó por el lado en que el monte se adosaba a los paredones, en barrera de espinos, cactus, bejucos, lianas etc., que eliminaban toda posibilidad de puerta secreta. Regresó al atrio. Nuevo esfuerzo inútil para hacer saltar un batiente. Dio recias y repetidas voces que rebotaban en medio del gran silencio y se perdían entre los troncos, con apagamiento impresionante. El frontón en sombra, las losas hendidas y verduscas, los enyerbados marcos, la cúpula maciza, despedían una como airada majestad ante la profanación de aquellas voces insólitas. Algo solemne y terrible había en ese combate mudo y milenario de una iglesia perdida y una selva devoradora como el mar. Bolívar calló y tuvo que hacer esfuerzo para premunir su ánimo.

Fue en estos momentos cuando imprecisable pero verdadera tuvo la sensación de una invisible presencia en redor suyo. Creyólo al principio



cosa de la imaginación, de la angustia que, como un vaho arrojaban las mil bocas de la selva. Parecía que detrás de la sombría aglomeración vegetal se movían siluetas, se recataban atisbos alucinantes que daban la aprehensión de hombres y bestias listos a un asalto. Lo que más le asombraba era no percibir ruido alguno; la selva tenía una mudez anormal. Y no pudo evadirse a la impresión de un inminente sortilegio.

Recordó que había llevado algunas provisiones, manta y su poncho. Y como no podía aventurarse a esas horas por lugares en donde tan mal lo había pasado a pleno día, resolvió esperar. Alguien aparecería por la mañana, o de algún modo lograría penetrar. Buscó sitio cómodo para reposar y ninguno halló mejor que el propio quicio. Envolvióse el poncho; cubrióse con la manta; recostó la cabeza contra el ángulo de madera y piedra; desechó la idea de un tigre merodeador; puso las pistolas al alcance y empezó a querer dormirse. Pero no lo quiso así su proverbial buena estrella.

Durante su juventud, allá en Francia, Bolívar, había deglutido racionalismos de Diderot, Voltaire y Rousseau. Invocaba sus númenes y sus fríos raciocinios, cuando alevemente le asaltó el recuerdo del *Bulto*. Dos veces como venido del fondo de la iglesia o de la entraña de la manigua, le pareció oír el eco de una risa que vagamente se parecía a la humana. Y pensó si sería que el *Bulto* lo había descubierto y esa era su risa de pregusto. Y tras de haberla percibido dos o tres veces más, parecióle que una forma blanca, de enorme talla, se alzaba allá al filo del atrio y se movía lenta, como deslizándose. Pensó también que era asunto de nervios irritados y hasta se avergonzó un poco de sí. Al fin como que se durmió.

Pero he aquí lo que sucedió al rayar el alba, cuando la montaña se despierta bajo el vuelo fantasmal de las brumas, en un mundo embrujado y embrujante, zona media entre el sueño y la realidad. Extendió un brazo desperezándose. Advirtió que se entreabría una de esas enormes puertas, cedía sola, sin esfuerzo alguno de los que había hecho la víspera en vano. Pero ni siquiera tuvo tiempo de asombrarse. Algo más terrorífico iba a seguir. Inclinado sobre su rostro, veía otro: una cara blancuzca, desproporcionadamente ancha, con dos tumores que casi borran las orejas. Y en esa cara estaba la risa que había oído a media noche.

Con ojos desmesurados, trataba de cerciorarse de que no era pesadilla. Y no lo era. Envuelto en sudario que apenas denunciaba una figura humana, se inclinaba sobre él un ser repugnante, espantoso. Era una criatura humana, macabramente sonreída; un leproso enorme de alto y de flaco que se incorporaba a medida que despertaba el que creía dormido. Y con tardo recular empezó a caminar hacia el templo, buscando la puerta.

Solo la cara o lo que en su sitio se veía enseñaba un gozo de idiota, y en el repulsivo hueco de la boca, como jalones entre los dos tumores atroces, oscilaban unos dientes salidos y negruzcos, Bolívar pensó que si tarda en despertarse un segundo más, habría sido el contacto viscoso y horripilante el que lo despertara. De solo pensarlo se estremecía. Ahora

el infernal endriago, recargado contra una de las puertas de la iglesia, como guardián de sus umbrales, lo miraba con sarcasmo.

Un ciego instinto de fuga se apoderó de don Simón. De un salto se puso en pie; de otro cayó sobre su caballo; y sin volver a mirar una vez más espoleó y abrió galope. Ni la más leve duda le quedaba de que acababa de ver al *Bulto* de la cordillera. Qué filósofos ni qué frío raciocinio: toda la razón era de los indios, con la realidad evidente de lo que motejaban supersticiones. Pruebas las tenía él, casi tangibles, pues nada faltó para que lo rozara esa boca plomiza y purulenta.

---

Las fuerzas libertadoras andaban empeñadas en guerrillas y emboscadas que no daban tregua ni permitían pérdida de tiempo. Minuto más o segundos menos decidían éxitos y fracasos incalculables y a veces la suerte íntegra de una campaña.

Cuando Bolívar regresó con los Mosqueras a los campamentos, apenas había tiempo para ordenar levantar campo y disponer uno de aquellos movimientos de estrategia relámpago, especialidad de don Simón.

El coronel Rook, rodeado de sus ayudantes, salió al encuentro del general Bolívar, y al ver que regresaba con las manos vacías tuvo que disimular la risa, pero no sin soltar irreverentes pullas contra Santa Rosina. Uno de los Mosqueras, creyente a macha-martillo, se lo reprochó amigable pero francamente, llegando hasta a advertirle que ello podría traerle mala suerte. Meses más tarde, dolíase don Manuel María de sus proféticas palabras: en el *Pantano de Vargas* el británico caía con un brazo destrozado, y pocos días después moría, cuidado y asistido precisamente por un franciscano.

Con Tomás Cipriano la cosa era distinta: mentalmente nutrido de Diderot y Rousseau mal podía tragarse lo de fantasma, y resolvió sacarle a los indios del bagaje todo cuanto pudiera. Trabajo le costó que soltaran la lengua sobre "el padrecito" a quien creían milagroso y eterno, con poder sobre las bestias y fieras salvajes, y en cambio le soltaron cuanto sabían acerca del sobrino. Se trataba de un *caratoso*, monstruo escalofriante por las manchas que le cubrían la cara y que iban degenerando en úlceras pustulosas que le blanqueaban el pelo, que le abultaban el pelo, que le abultaban los pómulos y una boca en que le bailaban enormes dientes negruscos. Era además, impresionantemente flaco y alto. Con tales datos ya no quedaba duda: el Padre Flórez suministró el sobrino a la conseja del *Bulto*. Y si al chapetón enamorado de Santa Rosina logró espantarlo con sólo uno de los tigres de su confianza, con don Simón Bolívar el expediente aplicable solo podía ser algo que tuviera por lo menos algún viso de sobrenatural.

---